

---

## UNA APROXIMACIÓN TEOREMÁTICA A LA POESÍA SACRA DE GÓNGORA

---

MANUEL GAHETE JURADO  
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

---

La literatura, como ciencia teorematizada que atiende a las relaciones hipotéticas de causa y efectos, permite dirimir entre diversas interpretaciones. El filólogo y el crítico, o ambos en el entramado del análisis, adquieren así un carácter mágico de augures o hermeneutas, orientando al lector a desvelar el sentido crítico del texto. No es tarea sencilla en el caso de Góngora. En la exégesis de sus textos religiosos se vislumbra diseminada una reflexión trascendente sobre la potencialidad del lenguaje. Se trata en definitiva de una hipótesis que, aunque no recurrente, surge con poderoso aliento en la personalidad de nuestro poeta. Nos enfrentamos a la definición y argumentación de un teorema que parte de dos principios complementarios: su condición de racionero y el conocimiento de las disciplinas académicas, a pesar de su escaso interés por el estudio y su natural inclinación a lo sabroso de la erudición y lo festivo de las Musas.

“Con este dulce divertimento, mal pudo granjear nombre de estudioso, ni de estudiante; pero él trocaba gustoso estos títulos al de poeta erudito, el mayor de los de su tiempo, con que comenzó a ser mirado y aclamado con respeto”<sup>1</sup>.

Su talento descolló tan singularmente, convirtiéndose sin discusión en el complejo poeta de preclaro estro y taimado cinismo, que no es excesivo ni osado teorizar sobre el don de lenguas que a don Luis de Góngora le había conferido el azaroso albur de la providencia o la fortuna. Acerca de esta facultad del intelecto humano departimos, aunque sea el análisis una somera aproximación teorematizada, basada más en la deducción subjetiva que en la profusión de los textos, y acorde siempre con el valor que Góngora atribuye a la palabra poética, tanto en su uso como en su conocimiento.

---

<sup>1</sup> Dámaso Alonso. Introducción a las *Obras de don Luis de Góngora [Manuscrito Chacón]* (Para próximas citas, sólo se señalará MC), Málaga, Biblioteca de los Clásicos, dirigida por José Lara Garrido, vol. I, 1991, p. XX.

En la Biblia, aparecen referentes palmarios de este poder supremo de la lengua que W. Benjamín define como la esencia espiritual del hombre<sup>2</sup>, la facultad que le permite frente al resto de los seres creados nombrar los objetos y las acciones, determinando además valoraciones éticas sobre unos y otras; y reconociéndose libre, en palabras de Rousseau, de someterse o resistir a los dictados de la Naturaleza, porque “es precisamente en la conciencia de esta libertad donde se manifiesta la espiritualidad de su alma”<sup>3</sup>.

No es que me adhiera sin conflicto a la idea sostenida por Sultana Wahnón de que Dios confunde y multiplica las lenguas de los hombres para evitar la construcción de una sociedad perfecta capaz de regirse ajena a la providencia de su creador<sup>4</sup>. La teoría de la pluralidad lingüística así entendida dista de los planteamientos universales de la redención e imputa al Todopoderoso debilidades típicamente humanas, como si no hubiéramos podido desembarazarnos de los antiguos mitos y el *logos* racional subviviera aún bajo la presión de lo inefable. Lo cierto es que, sin profundizar en los motivos, la confusión de Babel abortó la oportunidad de un primordial vehículo de comunicación humana.

No es extraño que, de entre los muchos carismas que el Espíritu transfirió a los discípulos de Cristo, sobresalga especialmente el don de lenguas. Para los que escuchaban era extraordinario comprender en su idioma los mensajes de amor de los apóstoles, siendo procedentes de muy diversos lugares, de todas las naciones de la tierra:

“Entre nosotros hay partos, medos y elamitas; otros vivimos en Mesopotamia, Judea, Capadocia, en el Ponto y en Asia, en Frigia o en Panfilia, en Egipto o en la zona de Libia que confina con Cirene; algunos somos forasteros de Roma, otros judíos o prosélitos; también hay cretenses y árabes, y cada uno los oye hablar de las maravillas de Dios en su propia lengua”<sup>5</sup>.

Este entendimiento vendría reforzado por la expresión clara del anuncio divino, por el elocuente discurso parenético y la palabra precisa, ajustada al valor de los dictados. A la poliglotía se sumaba así la perfección oratoria y la corrección lingüística, el manejo de conceptos y signos con singular destreza, lo que marcaría el prodigio de máximo esplendor.

El don de la palabra ha sido en todas las culturas sinónimo de poder, y este sentir más intuitivo que científico pero estadísticamente demostrable nos acerca a la comprensión de un sistema donde el lenguaje y su dominio es sin duda un valor en alza. Como toda facultad del alma procede de Dios, el providente Padre

<sup>2</sup> Benjamin, W. “Sobre el lenguaje en general y sobre el lenguaje de los hombres”, en *Angelus Novus*, Barcelona, Edhasa, 1970, p. 150.

<sup>3</sup> Rousseau, J.J. *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*, Madrid. Miguel Castellote, 1972, p. 52.

<sup>4</sup> Cfr. Wahnón, S. *Lenguaje y literatura*, Barcelona, Ediciones Octaedro, 1995, pp. 19-20.

<sup>5</sup> Heb 2, 9-11.

que ofrece al hombre, a través de su Espíritu, aquello que le permita desarrollarse y vivir en justa libertad. Ciertamente Góngora estaba tocado por esta virtud elocuente e ilustradora de la inteligencia. No tenemos más que adentrarnos en la espesa selva de sus *Poemas mayores* para traducir con exactitud la complejidad de un intelecto.

En el prefacio de las *Obras de don Luis de Góngora [Manuscrito Chacón]*, Pere Gimferrer asegura que la forma suprema de vocación artística consiste en la pasión por el lenguaje, y sólo algunos autores la han experimentado de una manera connatural, indisociable a su modo espontáneo de expresarse, así Dante o Shakespeare<sup>6</sup>. En otros casos singulares, como el de Virgilio, Rimbaud o el propio Góngora, el académico se inclina a considerar que la obra entera se nos muestra como una vastísima empresa de descubrimiento, conquista y fundación del propio lenguaje poético<sup>7</sup>.

Ratificar esta afirmación no resulta difícil en el caso de nuestro poeta, aunque sería preciso matizar que el hallazgo creativo no se configura como una realidad independiente sino, muy al contrario, halla apoyatura en su formación presbiterial y en el análisis exhaustivo de los textos bíblicos, al par ciertamente de la tradición mitológica. Góngora manifiesta en sus escritos la simbiosis entre palabra y don divino, la fascinante asociación que enhebra la facultad de la escritura con el providente Padre:

“Tanto, y tan bien escribió,  
Que podrá correr parejas  
su espíritu con la pluma”<sup>8</sup>.

La asociación, sin embargo, no propicia el consenso crítico, porque son muchos los que consideran el origen del lenguaje como proceso evolutivo propio, descartando la teoría teológica o metafísica de su creación divina, al servicio del reconocimiento de las realidades enigmáticas cuyas significaciones debe el hombre desvelar<sup>9</sup>.

El más alto grado de lenguaje se halla en la poesía, en el juego verbal que asocia ideas, conceptos, pensamientos y emociones en el entramado de la escritura a través del lenguaje que llamamos poético, cuya belleza radica en la elección de las palabras y su certera combinación expresiva; lenguaje ajeno a la razón, desligado incluso de los saberes técnicos, más cercano a la locura que procede de la divinidad que a la cordura que tiene su origen en los hombres<sup>10</sup>. El origen de este talento nos exige una especial solicitud y una meticulosa dedicación, porque a quien tamaña

<sup>6</sup> Cfr. Prefacio a la edición de Gimferrer en el *MC*, op. cit. p. IX.

<sup>7</sup> Cfr. *Ibidem*.

<sup>8</sup> *MC*. vol. II, “Romance sacro en la beatificación de Santa Teresa”, p. 80.

<sup>9</sup> Cfr. Wahnón, S. *Op. cit.*, p. 11.

<sup>10</sup> Véase Platón, *Fedro*, 244 c.

cualidad se le ofrece debe multiplicar su legado y producir ciento por uno. Así Góngora, poco preocupado por el *cursus honorum* de la Universidad Salmantina aunque con evidentes aptitudes y dotes intelectuales, se perfeccionó en el cultivo de las lenguas.

“Conocía el latín y leía el italiano y el portugués (y aún podía hacer pinitos en estas lenguas: en ellas y en castellano está un soneto cuatrilingüe que, siguiendo una moda italiana, había de escribir años más tarde”<sup>11</sup>.

Góngora, quizás consciente al par de su talento y su desidia, se lamenta<sup>12</sup>, cuando ensalza la persona y la obra de Santa Teresa, fidelísima devoción del racionero, del escaso rendimiento de tan singular regalo:

“Perdona, si desatado  
mi pobre espíritu en lenguas,  
metal no ha sido canoro,  
muda caña...”<sup>13</sup>

Observamos con transparencia el conflicto profundo entre el ser y el desear, expresado en la virtualidad de la idea y fielmente reflejado en la metáfora de acumulación antitética<sup>14</sup> que inviste el texto de una poderosa atracción conceptual y semántica.

Góngora advertiría con dolor el desafecto de su calidad de racionero frente al fortalecimiento de la palabra y la prodigalidad de sus facultades líricas. Tal emoción aparece reflejada en algunos textos sacros, pero en ninguna con tanta exactitud como en la octava de San Francisco de Borja, donde se alterna el juego del equívoco, mostrándonos en tándem la asumida convicción de su extremado culteranismo y el recelo convincente de su lenguaje, incapaz de alcanzar el estado sensorial más que místico de los santos y ángeles:

“Obscuro, pues la voz como la pluma  
Cantaré el generoso Borja sancto,  
Si de su gloria la pureza summa  
No ofende las tinieblas de mi canto”<sup>15</sup>.

No debió trascender de este denuedo la displicencia venial de su ánimo; y

<sup>11</sup> Introducción de Dámaso Alonso al *MC*, vol. I, p. XX.

<sup>12</sup> Considero que ciertamente llamado por la humildad, porque no es pertinente considerar que el afamado poeta se acoja al tópico de la falsa modestia, poco proclive a su temperamento y cualidades.

<sup>13</sup> *MC*, vol. II, p.82.

<sup>14</sup> A no B, sí C, aunque en ambos casos se vislumbre la verdad de un mismo pensamiento.

<sup>15</sup> *MC*. Vol. I, p. 96.

atraído temosamente por el dulzor de la existencia y las sediciosas tentaciones del mundo, de las que al fin pesaroso abomina, halló en el lenguaje un venero caudaloso que, salvaguardándolo de una lesa deserción clerical -nunca espiritual-, dio rienda a su desafortunada sabiduría, a la imaginación desmedida donde se proyectaban las más sorprendentes presencias.

Góngora no duda en rendir el don de su palabra a la exaltación de las virtudes del Hijo de Dios, de su madre María, de santos, reyes y nobles. Afectivamente tocado por el sacrificio de Jesús, a cuyo nacimiento dedica uno de los textos más hermosos de la lírica cristiana, no duda en exclamar:

“Que diremos del clavel  
Que nos da el heno?  
Mucho ai que digamos del,  
Mucho y bueno”<sup>16</sup>.

La extremada pureza de la Virgen y los milagrosos favores que se conceden al hombre por su intercesión figuran entre las más claras razones para tomar la pluma y escribir palabras de exaltación y elogio:

Cultas en tu favor da plumas bellas...  
Si la naturaleza aun oi te aclama<sup>17</sup>.

De similar encendimiento son las alabanzas entonadas en loor de San Hermenegildo

“Oy es el sacro, i venturoso día,  
en que la gran Metropoli de España,  
que no te jurò Rei, te adora santo.  
Oy con devotas ceremonias baña  
El blanco Clero al aire en armonía,  
Los pechos en piedad, la tierra en llanto.  
Oy á estos sacros hymnos, dulce canto,  
Ayuda con silencio la nobleza”<sup>18</sup>.

El lenguaje, denostado por su doble filo, causa en ocasiones de tragedia, eco que no olvida el instruido Góngora acercándonos a la memoria reciente el pasaje clásico de Escila y Caribdis atormentado a Ulises en la costa del estrecho de Sicilia:

<sup>16</sup> MC. Vol II, p. 4.

<sup>17</sup> MC. Soneto sacro I “A la Purissima Concepcion de N.S.”, p. 1.

<sup>18</sup> MC. Canción I. En una fiesta que se hizo en Sevilla à S. Hermenegildo, p. 147.

“De dulce voz, y de homicida ruego  
De Syrena mortal lisonjeado.”<sup>19</sup>

Es asimismo luz y alimento del espíritu, el más propicio tributo del hombre, del racionero, del poeta para agradecer el bien en la vida recibido, porque ante tanto amor

“Quien pues oí no se desata  
en voces agradecidas”<sup>20</sup>

---

<sup>19</sup> *Ibidem*, “A la rigurosa accion con que S. Ignacio reduxo a un pecador”, p.3.

<sup>20</sup> *Ibidem*, Vol. II, p. 85.